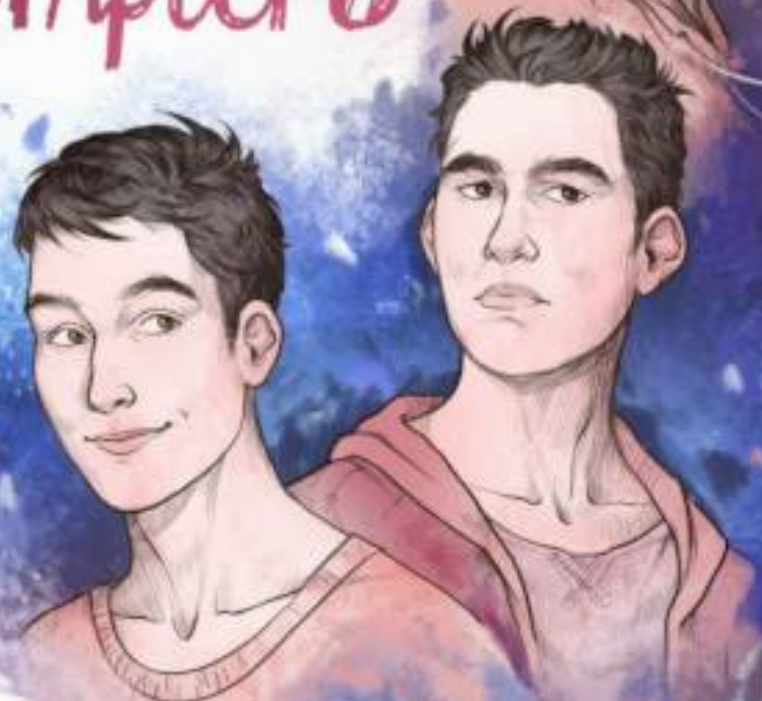


Ruth Ibáñez Ámez

Antes
de que
todo se
rompiera



Antes de que todo se rompiera

Ruth Ibáñez Ámez

© Ruth Ibáñez Ámez

1ª edición.

Diseño de cubierta: Libertad Delgado.

Corrección: Esther Aizpuru.

Maquetación: Abril Camino.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

UN ÚLTIMO FAVOR

1

Todas las mañanas el mismo desconcierto.

Álex siempre tarda unos segundos, que a él le parecen horas, en saber dónde está. Extraña la cama, ve la ventana en el lado equivocado, y donde debía haber una mesilla con una lámpara, hay una pared con la que se golpea cuando intenta dar la luz. Poco a poco se da cuenta: esa no es su habitación. No la que fue suya durante quince años, no la de su casa en Madrid. La luz tenue crea sombras y lo recuerda de golpe. Está en Vitoria, en el cuarto de la casa nueva, con su nuevo hermano, con su nueva madre.

Y con el padre de siempre. El que lo trajo aquí hace ya más de un año.

El día apenas ha amanecido y una fina niebla cubre los tejados que puede ver desde la cama. El ruido del agua en el baño le dice que alguien se le ha adelantado. Será Ander, porque ni su padre ni Sara madrugan tanto, y ninguno de los dos se pasa veinte minutos bajo la ducha. Mea en el baño pequeño, y antes de llegar a la cocina se da cuenta de que se ha olvidado el móvil. Mejor. A veces, el ruido de los mensajes no le deja oír su propia voz, aunque lo tenga en silencio. Esa obligación de estar siempre conectado, siempre disponible, siempre ahí para quienquiera que tenga una chorrada que compartir, un chiste malo, la última foto manipulada de quien toque esa semana, le genera un estrés que le ha costado identificar. Prepara el café bien cargado mientras piensa en cómo sería su vida si no existieran los móviles. «Igual, sería igual», se dice mientras sonrío al poner el bote de Colacao en la mesa, porque le sigue haciendo gracia que Ander tome Colacao. «Con menos ruido, quizás, pero idéntica en todo lo demás».

Se prepara un par de tostadas y se sirve el café solo y sin azúcar. Está tan fuerte que le hace guiñar los ojos. Perfecto. A su padre le va a encantar. Sara va a hacer un chiste sobre drogas duras, va a rellenar el vaso de leche y a endulzarlo tanto que deje de saber a café. Años atrás, su padre y él se habrían reído de ella al unísono, como se reían siempre de los que piden caramelo en el café del Starbucks. Años atrás, cuando su padre y él compartían bromas y gustos, como el café solo y sin azúcar, como los malotes de las películas, como las actrices pechugonas y de labios grandes.

Antes de que todo se rompiera.

Se sienta a la mesa y unta con mantequilla una tostada, la mirada adormilada y perdida. Repasa el día que tiene por delante, los libros que debe meter en la mochila. Está repitiendo curso y se ha prometido a sí mismo que ya no más, que no piensa quedarse en la ESO para siempre; si no consigue pasar a Bachiller con Ander, dejará de estudiar, o se meterá en un ciclo de Formación Profesional o algo, pero no va a volver a pasar por el trago de ser el repetidor, el tonto del instituto. Consiguió pasar de curso en septiembre, todo un logro teniendo en cuenta que da las clases en euskera y él lleva poco más de un año aprendiendo el idioma, pero tiene que andarse con ojo. Lengua la tiene aprobada, Euskera la va a suspender sí o sí, porque milagros, los justos. Toca darle fuerte a las Matemáticas, incluso si eso supone arriesgarse a pensar otra.

Debería haberse puesto a estudiar mucho antes. Debería haber pasado las tardes con los libros, en lugar de haciendo el tonto en la calle.

Oye a alguien en el pasillo. Se pone tenso. Cuando su padre asoma por la puerta, aparta la vista.

—Buenos días —dice Martín. Su voz es tímida, precavida—. Has hecho café. Menos mal, el de Sara no sabe a nada.

Álex se mantiene en silencio. Mastica esforzándose en no hacerlo rápido, pero tampoco despacio. Se está apren-

diendo de memoria el dibujo del baldosín. Esta cocina necesita una reforma. Es digna de una abuela.

Martín se sirve una taza y se sienta a la mesa frente a él.

—¿Tienes el horario muy cargado hoy? ¿Muchas asignaturas difíciles?

Mirar a su padre es como mirarse en un espejo que adelanta, en el que puede ver cómo será él cuando tenga su edad. Lo único que los diferencia es el pelo, de un rubio más oscuro en su padre; los ojos, la nariz y la boca son idénticos. Álex da un trago de café y vuelve a su tostada. Martín no se rinde.

—¿Os han dado ya las fechas de los exámenes?

—Sabes que sí —contesta Álex sin mirarlo—. Ander le enseñó el papel a Sara la semana pasada.

Su padre asiente. Nunca admite cuándo miente, ni cuando lo pillan. Por eso es tan buen abogado.

—Empezáis más tarde que en Madrid. Mejor, más tiempo para estudiar. —Silencio—. ¿Qué te cuentan los de tu antiguo instituto? ¿Sigues en contacto?

Álex levanta la cabeza y lo mira con ojos entrecerrados.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres quitarme el móvil? ¿Bloquearlos? ¿Hacerme cambiar de número?

—Claro que no, ¿a qué viene eso? No quiero que pierdas tus amistades de Madrid.

—Ah, ¿no? Pensaba que me habías sacado de allí precisamente por eso. Para que no anduviera con gente rara.

Martín abre la boca, se lo piensa, vuelve a cerrarla. Su voz, cuando por fin habla, suena tranquila, demasiado. Está haciendo un esfuerzo por no perder el control. Álex sabe que no es por él. Lo que no quiere es que su novia lo oiga gritar o perder la paciencia con su hijo adolescente. Sara no lo hace nunca. Pero claro, Ander no es como él.

—Sabes perfectamente por qué te saqué de allí. Estabas al borde de hacer una estupidez.

—De tal palo, tal astilla.

Golpe bajo. Su padre parpadea, pero es el único gesto que se permite. No mostrar debilidad es una de las premisas de su trabajo.

—Te he pedido perdón un montón de veces, no puedo hacer más. Lo que yo hiciera no es excusa para que pongas tu vida en peligro, Álex. Esa gente con la que andabas...

—No soy imbécil. Sé dónde parar.

—No lo parecía. Joder, Álex, desapareciste de casa tres días, casi me da algo. Te di por muerto, hijo.

—Mira, igual que yo durante quince años. Ya sabes lo que se siente.

Martín se calla y mete los labios hacia dentro. Algún día va a dejar de disimular y le va a pegar el grito que Álex sabe que lleva dentro, algún día en el que Sara no esté cerca y no pueda aparecer en cualquier momento.

Como ahora, que se asoma por la puerta.

—Buenos días. —Sus ojos bailan entre uno y otro. No se atreve a entrar en la cocina de su propia casa—. Eh... ¿Os dejo solos un rato?

—Mejor os dejo solos yo. —Álex se levanta y deja el plato vacío y la taza en el fregadero. Alguien tendrá que vaciar el lavavajillas en algún momento, porque empiezan a tener más platos sucios fuera que limpios dentro. Esquiva a su padre y se detiene para dar un beso en la mejilla a Sara, que se lo devuelve con ganas—. ¿Ha salido Ander de la ducha ya?

—Creo que sí. Otra cosa es que haya salido del baño, ya sabes que le cuesta media hora peinarse.

—Ay, Dulcinea del Toboso, qué guerra da.

Sara ríe y le acaricia la cara. Ahora hablarán de la conversación, Martín dirá aquello de «Ya no sé qué hacer con él», y Sara contestará con lo de «Dale tiempo, ya se le pasará, es la edad». Álex resopla. Llega al baño, donde el secador sustituye al ruido del agua. Golpea con el puño cerrado.

—Venga, Ander, cojones, que sí, que estás muy guapo, que el mechón está perfecto. Sal ya, coño, que me vas a hacer llegar tarde.

—La puerta está abierta, gilipollas, no hace falta que la tires abajo.

Ander se está secando el pelo delante del espejo, una toalla atada a la cintura, el torso desnudo. Es un poco más bajo que él, aunque más alto que la media, y su espalda es más ancha, su cuerpo más de hombre que el suyo, a pesar de tener un año menos. Le está cambiando la cara y empieza a atisbarse el adulto que se oculta bajo esos rasgos que ya no son de niño: mandíbula cuadrada, pómulos fuertes, cejas espesas, una cara que en otra persona sería agresiva, pero la curva de sus labios siempre sonríe, y esos ojos marrones, que a veces son verdes, encierran toda la inocencia que Álex perdió hace tiempo. Su rostro oculta algo delicado, casi femenino. «No—piensa Álex al entrar y darle un cachete—, no es nada femenino, Ander es bueno. Y se le nota hasta en la punta de las orejas». Pero es su obligación tomarle el pelo:

—Joder, lo que te cuesta ducharte. Ni que fueras una tía, colega.

—Soy de esos especímenes de macho a los que les gusta estar limpios, qué le vamos a hacer. —Álex empieza a desvestirse y Ander aparta la vista de su reflejo en el espejo. Álex sonríe. No es la primera vez que lo pilla haciendo eso—. ¿Ya has desayunado?

—Con lo que has tardado, me ha dado tiempo a desayunar y a tener la primera bronca del día con mi padre. Ya tengo dos cosas de la lista hechas.

Ander se gira hacia él, el pelo olvidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Nada, en realidad. —Álex abre el agua y comprueba la temperatura con la mano—. Pero me toca los cojones que vaya de padre guay después de lo que me hizo. Que si

sigo en contacto con la gente de Madrid, me pregunta. ¿Y qué más te da, si no vas a dejar que los vuelva a ver?

Álex entra en la ducha y ve la imagen de Ander desde el otro lado de la mampara empañada. Se está mordiendo el labio, como hace siempre cuando piensa.

—No puedes pasarte la vida enfadado con él. Algún día vas a tener que perdonarlo.

—Algún día. Pero no hoy.

Álex mete la cabeza debajo del agua y deja que le empape el pelo, los hombros, la espalda. Nada como una charla con su padre a primera hora de la mañana para tensar todos los músculos del cuerpo. Apoya las manos contra la pared y cierra los ojos. Se está bien ahí dentro.

Ander golpea el cristal de la mampara y él se vuelve. Está serio, el mechón de pelo sobre su frente perfecto, la toalla aún en la cintura. Lo mira con sus enormes ojos de cachorro de pastor alemán.

—Piénsalo —le dice, y Álex le oye a pesar del agua—. Si no llega a ser por lo que te hizo, tú y yo seguiríamos siendo hijos únicos.

—Con lo bien que vivía yo entonces... —Sonríe Álex.

Ander le enseña el dedo corazón y sale del baño hacia su cuarto.

Álex se frota los ojos un buen rato antes de coger el champú.

2

Vitoria es un ser esquizofrénico hecho ciudad. En el mes de abril puedes estar un día a dos grados, con los puertos de montaña de alrededor cerrados o con cadenas, y a la semana siguiente te planteas ponerte zapatillas de verano sin calcetines, con veinte grados a la sombra y picos de calor que ni en pleno agosto. La hierba acaba de brotar en el parque que está al lado del instituto y entona cantos de sirena cuando estás en clase mirando por la ventana: lo único que te apetece es tirarte al sol e ignorar la voz de la conciencia que te dice que deberías estar en clase, mira que si hoy explican lo que va a caer en el examen, ay como te pille tu madre. La voz siempre gana en el caso de Pedro, porque su madre es profesora de ese mismo instituto y, con su suerte, seguro que se la cruza de camino al parque. Nada de tirarse a la bartola para él. *Porsiacá*.

Friolero por naturaleza, Pedro se ha abrigado tanto como si estuvieran en pleno febrero porque no se fía de los cambios de temperatura. Nada más salir a la calle empieza a sudar. «Es mi cruz», piensa mientras recorre los doscientos metros que lo separan de la bocacalle donde suele quedar con sus amigos para ir a clase; ser friolero en Vitoria es su penitencia por los males que debió de causar en una vida anterior. Friolero en Vitoria. Como vivir frente a la playa y tener alergia a la arena. Como ser hijo de pastelero y diabético. Como tener un padre torero y ser animalista.

Un coñazo, vaya.

Llega temprano, como siempre. La puntualidad se hereda, y él se parece a su madre también en eso, aunque por suerte ha sacado la altura de su padre. Estos cinco minutos de paz antes de que empiece la vorágine del día le saben a

gloria. Deja la mente vagar tranquila; se fija en las pocas personas que se han puesto en marcha ya a esta hora, en el olor a humedad que hay en el ambiente («Va a llover, fijo, y no he traído paraguas»), en las sensaciones que recorren su cuerpo. «La gente no pasa suficiente tiempo a solas —piensa mientras ve llegar a un grupo de adolescentes cuyas caras le suenan y algunos lo saludan con un gesto—. No disfruta del presente, demasiado inmersa en el ruido del día a día, en los grupos de WhatsApp, en los gritos, en las carcajadas». Su padre dice que es lo que toca, por la edad, que luego estará en tu mano parar esa vorágine. Pedro no lo tiene tan claro. Los adultos de su entorno no parecen pasar demasiado tiempo consigo mismos. Menos sus padres. Pero sus padres siempre han sido un poco raros en ese sentido.

Sacude la cabeza. Como le diría Ander: «No te pongas denso, macho. Relaja, que no son horas».

Ha sido pensar en él y verlo aparecer. Por un instante, Pedro cree que su deseo lo ha convocado. Viene con Álex, como siempre, dándole empujones y recibéndolos en ese lenguaje adolescente de los chicos que sustituye abrazos por golpes y «me importas» por «capullos». «Hay gente con suerte y luego están estos dos», piensa Pedro. No habrá muchas personas en el mundo que se hayan encontrado con un hermano de su edad hecho y derecho, sin tener que pasar por los celos de crecer juntos o esos enfados que, según dicen, son normales entre quienes comparten la infancia. Como en un cuento de hadas, un día se levantaron y se encontraron con un colega de su edad en su propia casa, un amigo con el que compartirlo todo, incluso a sus padres. Pedro los envidia más de lo que reconocerá nunca. Ya le gustaría a él haber vivido algo así.

Aunque, con su suerte, seguro que su hermano sería gilipollas. O estaría tan bueno que se enamoraría locamente de él, y ay, se liaba gorda en casa.

O era una hermana. Puaj.

Cambia de postura para recibirlos. Quiere que su lenguaje corporal diga: «Aquí estoy, esperando muy a gusto, sin ninguna ansiedad por verte, Ander, amor de mi vida, cosa bonita, quién te pillara en un sitio oscuro para darte el morreo que quiero darte desde hace años». Pero en lugar de eso parece que se está meando, así que adopta de nuevo la pose algo encorvada que es natural en él. Los dos hermanos lo alcanzan y él se une a su paso sin molestarse en saludar. Se ven demasiado para formalidades como esas.

—¿Llegamos tarde? —dice Álex al tiempo que mira el reloj.

—No, qué va, soy yo el que ha llegado pronto. No he calculado bien.

—Yo cuando no calculo bien llego diez minutos tarde, no antes. Qué raro eres, Pedrito.

—Ya ves, Alejandro, cada uno tiene sus manías.

—Que no me llames Alejandro, capullo.

—Pues tú no me llames Pedrito, mamón.

—Cuánto amor a estas horas de la mañana, qué armonía, qué maravilla —se une Ander.

Álex le golpea el hombro.

—Calla, *ander the table*, que para ti también tenemos.

—Me podía haber callado.

—No aprendes, *broda*. —Álex se dirige a Pedro, que va a su lado—: ¿Qué, ya te han hecho ponerte a estudiar? Menos de cuatro semanas para el primer examen, tu madre ya te habrá metido prisa.

—Cómo no. —Pedro resopla—. En cuanto pusieron las fechas empezó a apretarme las tuercas.

—Tiene que ser horrible lo de tener una madre profesora. —Se ríe Álex—. No puedes hacer pira, ni liarla en clase ni dejarte los deberes.

—Ni contestar mal a un profesor, ni sacar menos de un siete en un examen, ni pedir ir al baño demasiadas veces...

—¿En serio? ¿Hasta eso?